SOMBRAS
por Mariano Sanz F. de Córdoba

Se que pronto acabarás conmigo. Has iniciado la persecución hace tres meses y desde entonces he notada tu presencia envuelta en esta permanente neblina que preside mi vida. Por eso me he refugiado aquí, en esta cabaña enclavada e el monte y perdida bajo la amenazadora protección del pinar que la rodea. He preferido abandonar la ciudad y venir a esperarte entre estas soledades; así, al menos, protegeré a mi familia de tu venganza. Sé que pronto localizarás mi paradero e intentarás atacar de nuevo. No importa: esperaré. No quiero seguir huyendo. No puedo continuar soportando tu fantasmal presencia ni sentir a través e mi turbia visión tus ojos sin vida escudriñando mis movimientos. Te esperaré… aunque creo que no tendré que hacerlo demasiado tiempo.

Mi fiel perro que protege la casa ha comenzado a aullar hace un rato y sólo se ha tranquilizado cuando ha notado mi presencia junto a él. No he descubierto la causa de su alarma, pero sé que estás cerca, quizá merodeando por los pinares cercanos acompañado por tus criados. «Mursil» aún ladra de vez en cuando, pero ya no trato de calmarle. Me gustaría que no estuviera aquí porque es posible que ni siquiera él escape a tu sed de sangre, pero es inútil intentar alejarlo de la casa. No obstante, la presencia del perro no te impedirá llevar a cabo tu plan… tu cruel y, en cierta manera, justa venganza. Porque, a pesar de tener la certeza de que estás equivocado, no puedo evitar el pensamiento de que tu furia ha sido provocada por nosotros mismos. Pero, ¿cómo hacerte creer que todo se debió a un error? ¿Cómo obligarte a comprender que el terrible atentado que se cometió contra tu persona fue únicamente imputable a un error ajeno a la voluntad de quienes participamos en él?

Me ha costado mucho esfuerzo llegar a reconstruir los hechos acaecidos hace ya algún tiempo y, a partir de ahí, entender las causas que motivan tus reacciones. Sólo me reconforta tener la plena seguridad de que soy el último eslabón de la cadena; con mi muerte tu furia se aplacará y las personas que me rodean podrán vivir con la seguridad de que no volverán a repetirse esos horribles crímenes que en los últimos meses nos han sobresaltado. Nadie, excepto yo, sabe quién eres y es difícil que en el futuro puedan aventurarse teorías exactas acerca de tu personalidad. Tu venganza ha sido casi perfecta y sólo me pesa haber arrastrado a ella a seres inocentes. Si pudieras entender que no somos culpables de los que sucedió… Pero no. Tu sed de sangre no te permite razonar.

Cuando sufrí el accidente —¿por qué no permitiría Dios que muriese junto con las otras dos personas que perdieron la vida en la carretera? —

y fui trasladado al hospital, todos temieron que, además de la pérdida de la vista, hubiera sufrido lesiones cerebrales graves. Afortunadamente, no fue así, y pocos días más tarde los médicos informaron que estaba fuera de peligro. El problema de la ceguera, según los partes médicos, residía en la opacidad de la córnea, y la única solución viable para devolverme la vista consistía en someterme a un trasplante, a una… queratoplastia, creo que se llama la intervención quirúrgica. Cuando todo parecía perdido para mí, surgió el milagro: un hombre que había sido internado en el hospital a consecuencia de que tiempo atrás ─había hecho donación de sus ojos. Curiosamente, el documento en cuestión contenía una cláusula que señalaba que la donación sólo podría llevarse a cabo después de 72 horas tras sobrevenir la muerte. No obstante, inmediatamente después del fallecimiento del paciente lo médicos pidieron autorización a la mujer que lo acompañaba para hacer uso de los ojos de aquel hombre sin perder ni un solo minuto, pues era la manera de conseguir éxito en la operación, y ésta que posiblemente desconocía la cláusula, accedió. Así, poco más tarde pudo llevarse a cabo el trasplante que me devolvió la vista.

A partir de aquel momento comenzaron a suceder cosas extrañas. Apenas transcurrido un mes, empecé a sentirme vigilado. Tenía la impresión de que alguien seguía mis movimientos, pero no podía asegurarlo porque mis hijos no se habían acostumbrado totalmente al nuevo organismo que los había aceptado y veía el mundo que me rodeaba envuelto en una neblina que difuminaba los objetos. No obstante, aquella sensación de estar permanentemente vigilado no me abandonaba. Es más: en alguna ocasión pude observar que varias personas ─tres siluetas, pera ser más exactos─ me seguían continuamente; caminaban tras de mí por las calles, me vigilaban cuando entraba en mi casa o en la oficina, me esperaban a la salida del hospital cuando iba a realizar las periódicas visitas médicas…

Un día desapareció el doctor Acevedo, el cirujano que había realizado el trasplante ocular, y nadie pudo dar con su paradero. La policía investigó el caso, pero el resultado fue nulo. Aquel fue el principio de una serie de extraños sucesos que sólo yo he sido capaz de relacionar. Cierto día, la policía encontró el cadáver de la mujer que acompañara en el hospital a quien fuera mi donante; murió estrangulada y los ojos habían sido arrancados de sus órbitas. El forense aseguró que la extracción se había llevado a cabo cuando la víctima se hallaba con vida.

Como uno de los pocos puntos de referencia con los que contaba la policía para identificar a la víctima se relacionaba con el hombre que me devolvió la vista, fui visitado por el comisario pero, desgraciadamente, mi colaboración no tuvo valor alguno. Sin embargo, yo pude saber algunas cosas interesantes; así, me enteré de que mi antiguo donante había estado estrechamente vigilado por la policía por presumibles delitos de homicidio y robo y que, al parecer, se habían encontrado pruebas suficientes para enviarlo a prisión. Como es lógico, las investigaciones habían sido interrumpidas a raíz de su muerte, pero el caso no fue totalmente cerrado a causa de la extrañeza que produjo el estado de las disposiciones que algún tiempo atrás había dictado aquel hombre para que se cumplieran en el momento en que fuera enterrado: deseó que se

introdujeran en el ataúd, junto a con su cuerpo, un gran número de joyas que legítimamente le pertenecían, y así se había cumplido. La policía sospechaba que había algo oculto tras aquella petición que, por otra parte, conocían todos los delincuentes que deambulaban por la ciudad.

Dos semanas después de la muerte de la mujer, el doctor Sanromán, que colaboró con el doctor Acevedo en el trasplante, sufrió un accidente de caza que le ocasionó la muerte. Pude averiguar que había participado en una montería ─era un apasionado cazador y conocía perfectamente todo lo relacionado con las artes cinegéticas─ y una bala perdida le había destrozado el cerebro, teniendo el orificio de entrada por uno de los ojos. ¿Un accidente…? No lo creí así, y las conversaciones que mantuve con algunos de sus compañeros de caza me obligaron a alimentar aún más dudas al respecto.

Comencé a sospechar que tan extraños sucesos tenían alguna relación entre sí y que el centro de todo aquel asunto estaba en la intervención quirúrgica. Además, mis temores se reafirmaban por las continuas amenazas de muerte que mi mujer recibía en nuestro domicilio. Por si esto fuera poco, en una ocasión estuve a punto de ser atropellado por un vehículo ─los médicos indicaron que mis ojos aún no estaban acostumbrados a una visión normal y que por eso no había sabido determinar la velocidad a la que avanzaba el coche─, y en otra, fui víctima de una brutal persecución. En esta segunda ocasión pude escapar ileso y acudí a la policía, pero como no había podido identificar a mis perseguidores ─era de noche y mi visión borrosa sólo pudo vislumbrar las siluetas de mis atacantes─ se limitaron a aconsejarme que no caminara por las calles poco iluminadas después de ponerse el sol.

Fui perseguido una vez más, en esta ocasión en el cementerio donde el hombre que me había devuelto la vista fue enterrado. No conozco exactamente la razón que me impulsó a ir allí, pero recuerdo que tomé un taxi y le di la dirección deseada. Cuando despedía al vehículo traspuse el umbral del recinto de paz, procuré orientarme y, por fin, caminé en una dirección determinada. Recuerdo que me crucé con muy pocas personas a quienes lancé furtivas miradas como si temiera que fueran a descubrir alguna falta que hubiera cometido. Me detuve delante de una sencilla tumba enclavada en uno de los laterales del camposanto, muy cerca del muro, me agaché para quitar algunas hojas secas que el viento había arrastrado hasta la lápida impidiendo observar el nombre grabado sobre el mármol y, finalmente, me incorporé. Poco después perdí mi inmovilidad y volví lentamente sobre mis pasos manteniendo la vista perdida en las piedras que momentos después habría de pisar. Y fue entonces, al mirar de frente, cuando mis pasos se detuvieron bruscamente y mis ojos se dilataron de terror. Forcé la vista y, aunque la neblina formada ante mis ojos me impedía reconocer con nitidez las facciones de los hombres que me observaban desde un lugar no muy alejado y que me interceptaban el paso hacia la puerta del cementerio, no tuve dificultad en determinar que aquellos hombres eran los mismos que me habían perseguido días antes por las callejuelas de la ciudad.

Asustado, miré a mi alrededor. No había nadie; estaba solo frente a aquellos tres hombres. De la misma manera a como actuara cuando se inició la persecución por las calles, uno de ellos ─era muy alto y llevaba

gafas─ hizo una señal y sus dos compañeros comenzaron a caminar hacia mí. Confundido, me interné por un embarrado sendero protegido por sendas hileras de tumbas. De vez en cuando miraba de soslayo y me daba cuenta de que mis perseguidores estaban cada vez más cerca. Sabía que no debía correr; cuando una presa emprende la carrera, su verdugo se lanza tras ella y termina alcanzándola… pero aquella circunstancia era diferente, porque mis verdugos ya habían iniciado la persecución. La única solución posible era … ¡HUIR!

Salté sobre un seto y comencé a correr alocadamente sin rumbo fijo. Pisaba losas de mármol y los cuidados ramos de flores que reposaban sobre las tumbas se desparramaban, destrozados, a mi paso. Sentía una cierta repulsión hacia la profanación que estaba llevando a acabo, pero no tenía tiempo de pensar en ello; sencillamente, corría sin mirar atrás, escapaba, huía, huía…

Di un traspié y caí sobre el lodazal que se había formado entre dos nichos. Cuando pude limpiarme someramente el rostro, vi que había dejado muy atrás a mis verdugos; es más: parecía que los había despistado, pues aquellos hombres deambulaban entre las tumbas mirando hacia todos lados. Sin incorporarme, procuré alejarme de ellos amparándome tras las piedras que se erguían sobre los moradores de aquel recinto. Así, evitando ser descubierto, llegué a la puerta del cementerio y, antes de emprender la última carrera para alejarme de aquel lugar, miré hacia atrás. Allí, a unos veinte metros de distancia, pude verte, alto, serio, hierático, escudado tras unas gafas oscuras…

Sabía que eras tú, e investigué. Los frecuentes ataques epilépticos que te habían conducido alguna vez al hospital me orientaron, y procuré informarme sobre el tema. Supe que el estado catatónico es una especie de sueño hipnótico que se caracteriza por la pérdida de la iniciativa motriz, y la inercia y la rigidez. El síndrome más acusado de esta desintegración psicomotora viene dado, pues, por la inercia. En definitiva, ocasiona una especie de … momificación de la existencia, o una muerte aparente. Así, la catalepsia, como signo fundamental de la catatonia, se caracteriza por la rigidez que, en ocasiones, produce auténticas contracciones de las masas musculares… y este estado puede durar minutos, horas o días. Pero lo más increíble que pude saber fue que en ocasiones es difícil establecer la diferencia entre un estado catatónico y una muerte real, ya que en amos casos ni siquiera el radiocardiograma es capaz de registrar las contracturas del corazón. Tengo entendido que en el estado cataléptico el sujeto está inerte, con los ojos cerrados o abiertos (pero sin la tríada característica del sueño), y se produce un enaltecimiento de las funciones vegetativas con hipotermia, hipotensión y disminución extrema ─hasta llegar a ser casi nula─ del metabolismo.

Cuando hice tales descubrimientos, mi angustia de los últimos días se acrecentó y, dispuesto a acabar de una vez con mis inquietudes, entré una noche tormentosa en el cementerio acompañado por un muchacho que trabajaba en m misma empresa y que me debía algunos favores, llamado Ramón. Armados con una pala y un azadón, llegamos hasta la tumba elegida y comenzamos a cavar. La tierra estaba húmeda a causa de las últimas lluvias y el azadón hendía una y otra vez las entrañas del terreno. La pala tampoco encontraba problemas en realizar su misión, y

avanzamos con rapidez. Cuando los laterales del ataúd quedaron despejados, introdujimos unas sogas por los pasamanos de la caja y, colocándonos a ambos lados de la zanja, jalamos con sumo cuidado el voluminoso objeto. Aunque la insistente lluvia entorpecía nuestra labor y el terreno que pisábamos estaba resbaladizo, fuimos elevándolo poco a poco «¡No pesa!», exclamó, de pronto, Ramón. Aquella aseveración hizo que mi concentración se relajara y resbalé. La caja, golpeando las paredes de la zanja, se precipitó al fondo de la sima en medio de grotescos sonidos. Sonidos huecos, sordos, que parecían provenir del centro de la Tierra y estaban destinados a regresar a su origen. Durante unos segundos sólo escuchamos el ruido de la lluvia, algún trueno violando la paz nocturna y el intermitente aullido de un perro que desde hacía un rato había comenzado a ladrar. Cuando tuvimos de nuevo el ataúd junto a nosotros, tomé una palanqueta y, después de introducirla por la ranura de separación, di un gran tirón y los cerrojos saltaron. Empero, el ataúd seguía cerrado y tuve que empujar con sumo cuidado la parte superior. Cuando se abrió, un escalofrío recorrió mi cuerpo y mis manos quedaron atenazadas; el ataúd estaba vacío, las joyas habían desaparecido y, además… un relámpago me lo permitió ver con toda claridad, aunque mis ojos ya lo habían percibido momentos antes: la parte superior interna del ataúd ─el lugar donde había sido reclinada la cabeza del difunto─ estaba cubierta con grandes manchas de sangre coagulada.

Cuando, dos días más tarde, me enteré que el cadáver de Ramón había sido encontrado terriblemente mutilado ─con las manos cortadas y los ojos hundidos─ supe lo que debía hacer. Durante diez días he estado aproximándome a ti, te he descubierto, he sabido quiénes son tus ayudantes y lo que pretendes. Por eso ahora te espero aquí, en un punto aislado del mundo, para que puedas consumar tu obra. Quizá no me concedas tiempo para hablar contigo, pero quiero que sepas que tu venganza no tiene sentido alguno. ¿Vas a tomar venganza de una equivocación? Alguien dijo que la venganza proporciona un intenso placer, pero supongo que eso sólo será así ─y pienso que tal aseveración es dudosa en cualquier caso─ cuando se ejerce contra alguien que voluntariamente te ha perjudicado. Pero todo lo que sucedió sólo se debió a un error, ¿no lo entiendes? Todos los hombres tienen derecho a sus propios errores… De todas maneras, pienso que es inútil que intente convencerte.

Trazaste bien tu plan y es posible que nadie te busque por lo que has hecho. Quizá la experiencia que has padecido ha acumulado tanto odio en tu corazón que hasta tu cerebro actúa diabólicamente. Porque es seguro que el primer sentimiento que te acometió al volver a la vida fue el de odio. Un odio inmenso hacia aquel que te había robado los ojos, un infinito odio a muerte hacia todos aquellos que habían participado en tal monstruosidad, un odio eterno y una sed de venganza que difícilmente se extinguirá. Acaso fue una experiencia tan terrible, un descubrimiento tan atrozmente cruel que, aunque habías planeado todo perfectamente, olvidaste tus planes y deseaste acabar de una vez con todo. Golpeaste con toda la furia de que eras capaz la parte superior y los laterales del ataúd, pero el interior de la caja estaba acolchado y no conseguiste

romperte la cabeza. Sólo lograste abrir las heridas de tus ojos sin vida por los que manó abundante sangre. Seguramente aquello te dejó semiinconsciente y fue entonces cuando, intentando consumir en mínimas proporciones algo del escaso oxígeno contenido en el ataúd que aprisionaba tu cuerpo, la idea de la venganza acudió a tu mente con una fuerza incontenible y desde aquel momento sólo viviste para ella…

«Mursil» ha comenzado a ladrar furiosamente. Ya estás aquí. Ahora sólo debo esperar. Sé que me vas a asesinar. Hoy, quizá mañana… No me importa; estoy preparado para ello. Es más: casi anhelo la llegada de la muerte para escapar de esta pesadilla en la que estoy viviendo. Sólo deseo que con mi muerte acaben tus crímenes sobre seres inocentes. Si lo haces, nadie te perseguirá porque el planteamiento de tu venganza ha sido ─yo lo he dicho antes─ casi perfecto. Sólo yo lo he descubierto. Quizás estés íntimamente convencido de tu genialidad, pero sólo bastaba conocer toda la historia que te ha rodeado y pensar un poco para llegar a desenmascararte. ¿Piensas que eso es imposible? No. Creo que no voy a poder hablar contigo antes de morir, pero quiero demostrarte que conozco todo. Tu plan era audaz, pero no contaste con la casualidad. Ese fue tu fallo. Nuestro error fue tu propio error…

Para empezar, sabías que antes o después la policía encontraría pruebas suficientes para acusarte de homicidio y robo. Al mismo tiempo, eras consciente de que la detención no se produciría mientras permanecieras en el hospital .Una vez allí, sufriste un infarto y, aunque te recuperaste, pensaste que era muy posible que te sobreviniera un acceso cataléptico, ya que conocías los síntomas de esa muerte aparente. Así, aventuraste una arriesgada estratagema. Pensaste que si los médicos llegaran a firmar tu acta de defunción, todo podría solucionarse. Serías enterrado pero al cabo de un tiempo más o menos determinado pero que conocías bien, volverías a la vida y te encontrarías allí, encerrado en el ataúd. La perspectiva no era muy halagüeña, pero si pudieras salir en ese momento… La policía no persigue cadáveres. El problema residía en salir del ataúd una vez enterrado este. Pero, ¿cómo? Cabían varias soluciones: la primera, confiar todo el plan a algún antiguo compañero de fechorías, pero no era una idea factible porque casi todos estaban muertos o en prisión; la segunda, poner en antecedentes a tu compañera, pero tampoco te agradaba aquello porque desconfiabas de ella y era posible que, conociendo los hechos, en lugar de desenterrarte al día siguiente esperara varios meses para hacerlo o, más probable aún, que no lo hiciera jamás. La tercera posibilidad era confiar en tus propios medios, pero seguramente no encontraste la manera de desembarazarte de las toneladas de arena que sepultarían la caja. Quizá, como última posibilidad, se te ocurrió confiar en la suerte. Pero la suerte debe ser perseguida y tú lo hiciste. Acaso algo te llevó a la memoria que las tumbas de los Faraones egipcios eran frecuentemente saqueadas porque sus moradores eran enterrados entre auténticos tesoros… ¿Y quién puede asegurar que no existen los ladrones de tumbas?

Eso era: tenías que hacer saber que te enterrarían entre objetos de valor y no pasarían muchas horas antes de que algún saqueador abriera tu ataúd y te pusiera en libertad. Y, para evitar cualquier contrariedad en el caso de que la espera se alargase, vaciaste uno de los joyeros con los

que deberías ser enterrado e introdujiste en él una cápsulas cuya existencia conocían en tu calidad de curandero y hombre versado en las artes ocultas, que tenían la propiedad de reducir el mínimo las constantes vitales manteniendo la consciencia durante varios días. Por cierto, ¿sabes que, después de salir, abandonaste una de esas cápsulas en el ataúd?

Por supuesto, si no eras desenterrado en un plazo breve, morirías, pero confiabas plenamente en la naturaleza humana, que ni siquiera respeta la paz de los muertos. En cualquier caso, se trataba de un riesgo que deberías afrontar pues si las investigaciones policiales continuaban no tardarías en ser encarcelado.

Como era de temer, te sobrevino un nuevo ataque y los médicos confirmaron tu muerte clínica. Luego, alguien, movido por la codicia, te desenterró cuando ya habías regresado al mundo de los vivos y tú, en lugar de matarlo allí mismo, decidiste conservarlo a tu lado para que desempeñara las funciones de criado. Creo poder afirmar que obligaste a ese individuo a raptar al doctor Acevedo quien, al darse cuenta del terrible error cometido, cayó en un extraño estado ─fruto, quizá, de algún trastorno de su personalidad─ que le obliga a permanecer fiel a ti. Por eso no le mataste tampoco, sino que preferiste mantenerlo a tu servicio.

Pienso que esto es lo que ha sucedido y cabe deducir que todo acabará con mi muerte. Es posible que hayas dejado con vida al cirujano porque tengas la intención de arrancarme los ojos a mí también, e incluso puede suceder que tu enfermiza mente haya discurrido dejarme vivo para que sufra lo mismo que padeciste tú. También es probable que, ayudado por el doctor Acevedo, quieras reimplantarte estos ojos que la Naturaleza te entregó y por cuya causa se ha vertido tanta sangre. Conociendo el comportamiento sádico de tu cerebro no es difícil adivinar que me obligarás a padecer la operación sin aplicarme anestesia. ¿Cómo lo harás…? ¿Me colocarás bajo unos focos y me mostrarás el material quirúrgico que poco después penetrará mi carne a través de los ojos? ¿Te divertirás cuando me oigas maldecir contra todo cuanto existe y cuando el dolor sea tan terrible que bloquee mi mente y sólo tenga capacidad para que mis instintos animales clamen venganza? ¿Cuándo me inyecten las sustancias indicadas por vía retrobular o cuando secciones salvajemente los músculos y el nervio óptico? ¿Tomarás con tus manos el globo ocular cuando aún no se haya desprendido de mi rostro?

Sí, sé que harás eso y mucho más. Incluso espero que seas lo suficientemente cruel para llevarlo a cabo. Y lo deseo porque también la crueldad tiene sus límites y, habiendo llegado más allá de sus umbrales, es posible que comiences a darte cuenta de tus errores y detengas tu acción criminal.

Mi fiel perro ha cesado de ladrar. No, no os habéis marchado. Quizá lo hayáis matado. Lo siento… era un magnífico compañero y amigo. Noto tu presencia en los alrededores de la cabaña. Ven, te estoy esperando. Ya estoy contigo…